

LA IZQUIERDA EN EL IMPERIO DEL CONSUMO

¿Cómo ha conseguido el capitalismo hacer olvidar sus graves deficiencias y arraigar de una manera tan firme en toda la humanidad? El sociólogo inglés Robert Bockoc da la clave en una frase: “El capitalismo ha sido legitimado por el consumo.”

A este fenómeno, el consumo, tan fundamental en nuestra sociedad que le da nombre, dedica Eduardo Galeano uno de sus excelentes artículos, “El Imperio del Consumo”, aparecido recientemente en nuestra web. En este Imperio que tan bien describe Galeano estalla el infinito número de conflictos que enturbian la vida de toda la humanidad. Todos, aparte de sus causas más inmediatas, tienen como fondo la apetencia insaciable de consumo desatada por el sistema capitalista.

Pero, al mismo tiempo que raíz de los conflictos, el consumo es también la gran fortaleza en la que se parapeta el capitalismo. Efectivamente, el indudable progreso económico experimentado en los países centrales y la orientación de las aspiraciones de la gente hacia la ilusión de un consumo siempre creciente, consumo de masas, es lo que ha llevado a la aceptación voluntaria del capitalismo por parte de esas masas.

Este papel del consumo como legitimador del capitalismo es cada vez más fundamental, pues los otros pilares en que se apoyaba el capitalismo se van debilitando. En primer lugar, el capitalismo se presentaba como inseparablemente unido a la democracia y la libertad, en oposición a los totalitarios regímenes socialistas. Pero hoy somos cada vez más conscientes de que la democracia real está siendo gravemente socavada por el poder creciente de las empresas transnacionales, los grandes grupos financieros y los organismos internacionales, FMI, BM, OMC, que están totalmente subordinados a los grandes intereses económicos. La libertad de los ciudadanos para decidir en las grandes cuestiones económicas y sociales que afectan seriamente a sus vidas está cada vez más limitada por el poder económico, que se oculta bajo la pantalla de las decisiones de los mercados. El fenómeno del terrorismo ha venido a facilitar este recorte de libertades, y lo ha ampliado hasta afectar a libertades de las personas que se

consideraban conquistas inviolables de una sociedad democrática.

Por otro lado, muchos aspectos de la vida humana que contribuyen decisivamente a conformar la calidad de vida de las personas se van deteriorando progresivamente en los últimos años. Hace pocos decenios la acelerada automatización de los procesos productivos permitía acariciar la idea de una sociedad del ocio, donde la cantidad de trabajo que cada persona tendría que aportar para el adecuado funcionamiento de la sociedad sería cada vez menor. Pero nos encontramos con que el anunciado fin del trabajo se ha convertido en el trabajo sin fin, las jornadas ilimitadas, el trabajo precario y la inseguridad agobiante. Y dando gracias porque las empresas generosamente nos dan trabajo y nos permiten salir del agujero negro del paro. A esto se une la competencia desenfadada que rompe fidelidades y seguridades, aumentando las tensiones sociales a todos los niveles. Un clima que favorece la inestabilidad, la ansiedad y el estrés.

En este ambiente social, que tiende a configurar una sociedad cada vez menos placentera, la tarea de legitimar el capitalismo recae de una manera cada vez más exclusiva sobre los hombros del consumo. El consumo, compensador de todas las tensiones y esfuerzos a que nos somete el neoliberalismo. Es el gran logro, el gran atractivo que puede presentar el sistema capitalista para seguir manteniendo la adhesión de las grandes masas de nuestro mundo.

Plenamente atrapada en esta trampa del consumo está la burguesía española (y no sólo la burguesía). En ella se centra el lúcido análisis sociológico que realiza Gil Calvo en su artículo “La americanización de Madrid”, también aparecido recientemente en la web. El fenómeno se da en toda España, pero ha sido en Madrid y Valencia donde los líderes de Partido Popular han emprendido una más desenfadada huida hacia delante, hacia un

crecimiento económico mastodóntico, pero que estimula la actividad económica y puede proporcionar mayores posibilidades de consumo a la población. Y la mayoría de los ciudadanos, adictos ya a la droga del consumo, con el cerebro y la sensibilidad ética reblandecidos por la ideología y el estilo de vida capitalista, les han seguido gustosamente hacia un desarrollismo insensato.

Creo que Gil Calvo analiza muy bien las circunstancias por las cuales la política del PP en Madrid y Valencia ha resultado tan exitosa para este partido. Pero me parece que se excede al excusar a la izquierda de la derrota. Yo creo que, aparte del acierto de la estrategia del PP, la izquierda tiene su fracaso bastante bien merecido. No se trata de auto-flagelarse de una forma masoquista, pero no se le puede echar toda la culpa al árbitro. Si la izquierda no reconoce sus errores y asume sus responsabilidades, difícilmente se podrá aspirar a un cambio de rumbo.

Hay una responsabilidad inmediata en el funcionamiento de los aparatos de los partidos. ¿Con qué criterios eligieron a los cabezas de lista del PSOE e Izquierda Unida? Si realmente en Madrid no hay figuras más atractivas para representar las ideas de izquierda, mal lo estamos haciendo. Y si las hay, como creo que realmente las hay, ¿cuáles son los méritos que se tienen en cuenta para progresar en el escalafón de los partidos? Parece claro que algo bastante turbio habría que aclarar en ese campo.

Pero además estoy convencido de que existe también una responsabilidad remota. Una responsabilidad que tiene que ver con el tema planteado por Galeano en su artículo, el poder del consumo. Hace ya muchos años que Erich Fromm escribía: "El socialismo y el comunismo rápidamente cambiaron de ser movimientos cuya meta era una nueva sociedad y un nuevo hombre en movimientos cuyo ideal era ofrecer a todos una vida burguesa, una burguesía universalizada para los hombres y las mujeres del futuro. Se suponía que lograr riquezas y comodidades para todos se traduciría en una felicidad sin límites para todos." La izquierda intentó competir con el capitalismo entrando en su propio terreno. No se dio cuenta de que al entrar ahí, ya había perdido.

Si queremos plantearnos un enfrentamiento radical con el sistema capitalista, tenemos que ver cómo atacar su principal fortaleza, el Imperio del consumo. Habría que atender mucho más al campo de la realización humana y a modelos de bienestar distintos del propuesto por el capitalismo. Podríamos empezar por una desobediencia civil. A veces hablamos de promover una desobediencia civil en algún campo determinado, pero la desobediencia civil más radical y efectiva sería la desobediencia al consumo. No consumir lo que ellos quieren que consumamos, ni como quieren, ni donde quieren que consumamos.

Y luego repensar la izquierda en esta sociedad de consumo.

ANTONIO ZUGASTI
Attac Madrid

